

EDITORIAL

I. En busca de la nación: figuras de la utopía

Lo particular de cada nación, en lo que ésta tiene de terrestre, implica que lo internacional se define continuamente como posible, pero sólo desde cada nación, y eso únicamente es pensable si emprendemos primero la recuperación de la propia terrenalidad común nacional para todos sus habitantes.

León Rozitchner

La fidelidad a una memoria resulta inseparable de la constitución y consolidación de cualquier grupo político. La conmemoración es una confabulación. De modo que no puede haber política sin conmemoraciones. Y por eso una memoria no evoca tan solo el pasado sino también el futuro: como cualquier relato político, una memoria es una promesa.

Dardo Scavino

Quizás no se ha enunciado con suficiente fuerza una de las verdades de este tiempo: no sólo el Estado está de vuelta en el centro de las controversias políticas, también la *nación* y sus símbolos son protagonistas de una intensa resignificación pública. El signo más evidente de esta transformación es el retorno de la historia en sus formas de divulgación popular y el interés creciente por los temas de la cultura argentina. ¿Qué significa este retorno? ¿Bajo qué formas entenderlo? Si, tal como afirmamos en nuestro editorial anterior, la rebelión de 2001 y el discurso de Kirchner en el acto del 24 de marzo de 2004 en la ex ESMA son momentos determinantes para entender la reconstrucción de la acción política y la estatalidad sobre nuevas

premisas, el conflicto entre el gobierno kirchnerista y las patronales agromediáticas en 2008, y la celebración popular del bicentenario durante el 2010, tienen un estatuto no tan distinto en lo que respecta a la cuestión nacional. Desde entonces los estudios históricos han recuperado un lugar de referencia más o menos ineludible en las narraciones políticas. Sin embargo, no deja de ser paradójico este vínculo entre historia y política, al menos si consideramos que el trabajo de los historiadores consiste en investigar el pasado a partir del análisis de los documentos con el objeto de derribar mitos o relatos no fundados en los hechos (los sostenidos por los propios historiadores en primer término, pero también los que están fuertemente enraizados en las creencias populares).

El problema para nosotros es preguntarnos si las identidades políticas resultan siquiera pensables sin esos mitos. Si los proyectos de nación (pasados o futuros) no son también inseparables de ellos. Tal como afirma Dardo Scavino en *Rebeldes y confabulados*, la memoria histórica de un pueblo está compuesta de esos relatos que por su carácter están destinados a la transmisión oral, al pasaje de la boca al oído (*quien quiere oír que oiga*), al movimiento invisible pero concreto de un cuerpo a otro a través de la narración. Renunciar a esos relatos significa de algún modo renunciar a la construcción de un destino político colectivo. Y tal como advierte la cita de Scavino que elegimos, esos relatos sedimentados, esas memorias irredentas no tienen un sesgo puramente conmemorativo, esto es, no descansan sólo en el pasado. Como la fuerza del mito, su fuerza es también la del futuro: no hay política sin memoria de lo que fuimos, pero tampoco sin la promesa de lo que queremos ser. ¿Es posible entonces sostener un proyecto de nación sin mito, sin memorias, sin utopías?

8

En cierto modo, se trata de indagar las potencias utópicas de nuestro tiempo, y para esto, es necesario repensar la noción misma de *utopía* que, como todo concepto político, arrastra los rescoldos de sus usos polémicos. De todos ellos, uno en particular es el que quisiéramos conjurar: el uso moralista con que fue esgrimido por los diversos progresismos durante los años noventa como forma retórica compensatoria de las miserias del fin de la historia. Certificada la defunción

de cualquier proyecto político que pudiera transgredir las reglas del neoliberalismo, la posibilidad de imaginar utopías abría una ruta de conciliación con nuestro humanismo no correspondido por lo real. Pero este uso conciliatorio diluía la condición fundamental que da carnadura a toda utopía: un modo concreto de pensar otro tipo de anudamiento (diferido del presente) entre lengua, territorio y tiempo.

La utopía sabe de otras figuras. Una primera idea de nación se consolidó –junto con el Estado– en el arco que va desde fines del siglo XIX hasta la crisis del 30, y tuvo como cenit la autocelebración de las elites dirigentes en los festejos del Centenario. Su sustancia eran *los ganados y las mieses* y su utopía el progreso indefinido fundado en la extracción del suelo y la explotación de los hombres. En ese mismo arco temporal, otras formas de imaginar de la sociedad supieron confrontar con aquel anhelo estanciero: ante todo, la utopía *anarquista*, enarbolada por aquellos inmigrantes (algunos, notables exiliados de la Comuna de París) que traían consigo las experiencias de las primeras formas de organización obrera, cuyo proyecto expresaba en vidas concretas los rasgos de la comunidad libertaria por venir. También, y junto a ella, la utopía como *invención* de sociedades alternativas, que tuvo en Macedonio Fernández y Roberto Arlt sus nombres más insignes. Sea bajo el modo de la ironía, de la radicalización de la ficción o del delirio distópico, las suyas fueron creaciones intempestivas que permitieron iluminar lo que *restaba* de las representaciones que la época asumió como real. Contra esos grandes relatos (conservadores) que buscaban normalizar las lógicas existenciales de nuestras ciudades, estas utopías reverberaron en narraciones que supieron recoger el murmullo de las lenguas mestizas de los suburbios y también de las academias, y descubrieron en las fracturas ocultas de la superficie esos imperceptibles riachos que quisieron devenir deltas, territorios abiertos a ciudades futuras (como aquel islote remoto, en la frontera con el Paraguay, que a fines del siglo XIX sirvió a Macedonio y sus amigos para fundar una comuna de visos anarquistas, e imaginar otros compromisos entre pensamiento, lenguaje y vida).

La utopía se ofrece así como espacio a inventar, como una incisión en nuestros mapas saturados. Pero también puede pensarse

como *recreación* de un mundo pasado, como irrupción en el presente de aquella patria en la cual la felicidad del trabajador supo ser posible. Nos referimos ahora a la utopía del retorno, que evoca aquellos años en los que la nación se quiso proyectar como “comunidad organizada”, como conjugación posible entre las fuerzas del capital y el trabajo a través de la articulación del Estado. Es la utopía que revive la pintura santoriana en la invención de la figura del *descamisado gigante*. Héroe protector que vela por el sueño de la patria justa, libre y soberana, este descamisado deviene pesadilla de aquellos otros imaginarios de la época, el *gorila* y el *contrera*, que proyectan a su vez sus propias utopías: la afirmación dogmática de una jerarquía militar clerical en un caso, la de una república de profesores en el otro.

Pero es en *el sueño de recuperar la propia terrenalidad común nacional para todos sus habitantes* que propone la cita de León Rozitchner (una vez criticados los presupuestos de la nación “espiritual”) que se recorta una nueva figura de la utopía, en la que no se trata de retomar el hilo de la nación sacrificial y patriarcal del ganado y de las mieses, ni de apostar a la sociedad libertaria anarquista, la comunidad organizada peronista, o las contrautopías clericales, militares, o profesoras. Para Rozitchner la nación se piensa, elabora y realiza en los cuerpos que trabajan, inventan, aman y proyectan en un territorio singular. En las formas de componer esa relación entre los recursos territoriales y la experiencia de vida concreta de sus habitantes se prefigura la nación. Para que estos rasgos de nación se materialicen, parece decirnos Rozitchner, hay que recuperar *terrenalidad*. Y recuperar terrenalidad implica tres cosas: recuperar la naturaleza misma del suelo y el tratamiento de sus riquezas, procurar un terreno físico para

10 que cada cual pueda edificar una vida, y, finalmente, inventar el lugar metafísico a partir del cual realizar y proyectar los sueños colectivos.

Es notorio que para recuperar esa terrenalidad hay que tocar la *matriz originaria* del régimen de propiedad construido sobre la fundación del Estado nación durante los años 80 y el centenario. Pero también poner en tela de juicio la *matriz extractiva* de nuestro régimen de producción que ni siquiera el peronismo clásico con su política industrialista pudo modificar. El desafío del presente exige

repensar las grandes utopías nacionales (las del centenario y el peronismo, sí, pero también las *contrautopías* que las acompañaron) a partir de un proyecto de nación construido sobre el territorio recuperado para todos sus habitantes. El modelo nacional y popular que impulsa el kirchnerismo (del que nos sentimos parte) no realizó este proyecto, pero suscitó la discusión y colocó inestimables bases materiales y simbólicas para su concreción futura. Este proyecto que quiere realizarse es la promesa que sostiene el porvenir de este país. Una promesa que aún no adquiere su contorno definitivo, y por eso encuentra en la crítica del presente una forma decisiva de incidir en ella. No es entonces, aunque nos quieran convencer de lo contrario, el tiempo de los fieles soldados ni el de los difusos golpistas. Es el tiempo de ensanchar la última figura de la utopía: la que ofrece la terrenalidad como figura crítica de lo hoy posible, la que quiere ir más allá de lo prefigurado en el presente pero quiere hacerlo sobre el concreto suelo de lo logrado en esta década. Una terrenalidad en ciernes es nuestra guía.

II. Los yacimientos ideológicos

Claro que... todo es cuestión de ideología, ¿no?
-Aniceto en el *Romance...*-, Leonardo Favio

Fechar es una manía humana, demasiado humana. Nos gusta hacerlo, como a todos, para ubicar, encuadrar y subrayar un hecho, un acto, una idea. El 8N y el 7D son las últimas fechas visibles de este año político. Hubo otras muy trascendentes en los meses que pasaron: las fechas de conmemoración por los 30 años de la guerra de Malvinas, la del 22 de febrero que tiene como protagonistas a los 51 muertos en la estación de trenes de once (y a sus familiares, y a la sociedad y el gobierno nacional), y la del 4 de mayo, día en que la presidenta promulgó la ley de nacionalización de YPF. En esta serie de hechos se juega tal vez algo más importante que la espuma iridiscente de las fechas mediáticas. Por un lado, emerge cada vez con mayor

legitimidad el reclamo sobre las islas a partir de una impugnación del enclave colonialista, pero también una revisión del vínculo entre el terrorismo de Estado y guerra que condensa la inmensa derrota de los sectores populares durante esos años y con ella, la de cualquier proyecto de nación que los incluyera materialmente. Por el otro, la cuestión del transporte público y la necesidad de renovar y repensar el trazado ferroviario, que retornaron a la agenda política del peor modo posible: sobre los cuerpos de jóvenes y trabajadores que llegaban a la estación para empezar su jornada laboral. Este retorno a través de la muerte todavía más inadmisibles cuando es evitable nos enseña una vez más que no se puede dejar bajo el control privado las áreas más relevantes de la vida pública y que no se pueden nombrar funcionarios estatales que no tengan al mismo tiempo un compromiso existencial y una ética personal y profesional sin fisuras. Finalmente, la complejidad de la cuestión de la matriz extractiva y el uso de los recursos en el proyecto energético del país, nos muestra que la épica histórica que supone recuperar un recurso estratégico, no puede soslayar el hecho de que se necesita la mayor de las inteligencias colectivas para redefinir el lugar de YPF en un proyecto de nación.

12 Sin embargo, las fechas con marcas mediáticas no cesan de imponer su ritmo. Solidarias con la lógica del marketing, puesto que 8N o 7D (aunque compartamos las premisas de la ley de medios y la lucha contra el monopolio *Clarín*) podrían ser nombres de programas televisivos o de un nuevo tipo de celular, buscan configurar un clima: el de la destitución, la guerra, o el fin, desatados sobre el fondo de una siempre inminente crisis. Como todo clima mediático, no deja de tener algo de profecía autocumplida en la modulación de las expectativas de los sujetos. Y conlleva, también, la misma desilusión: en ninguna de esas “batallas” se juega el destino último de un proyecto político, aunque no deje de ser cierto que esas fechas influyen sobre la totalidad de las energías políticas. Pero es preciso decir que junto a ese clima bélico que recorre la epidermis social subyacen otras violencias, otros crímenes menos visibles que responden a los modos ya no tan secretos en que se desenvuelven los conflictos por la recuperación de la terrenalidad. Así, la noche del miércoles 29 de

agosto, una banda de narcotraficantes intentó un linchamiento en la casa de compañeros del Movimiento de Colectivos del Barrio Pico de Oro de Florencio Varela. El 10 de octubre fue asesinado Miguel Galván, campesino del MOCASE-VC, en el paraje Simbol, en el norte de Santiago del Estero. En un caso, se trata de una lucha por el control territorial que ejercen los narcos contra los movimientos sociales que intentan articular diversas políticas en los barrios del conurbano; en el otro, es la disputa por la tierra entre las empresas ligadas al boom sojero y los distintos agrupamientos de familias campesinas que defienden su tierra y confrontan con la lógica productiva del capitalismo tardío y periférico. En ambos casos, el poder económico de las corporaciones legales (las empresas agrosojeras) e ilegales (los grupos narcos en sus diversas variantes) opera en complicidad con sectores de las fuerzas de seguridad, del poder judicial y representantes del poder político. Esta complicidad no puede más que ser denunciada, y no mediáticamente sino políticamente. Nuestro corazón kirchnerista no nos exime de hacerlo, y menos aun de estar conformes por hacerlo.

En este sentido, la ostensible dificultad para articular en el campo nacional (entre el kirchnerismo y las izquierdas no kirchneristas) una amplia discusión pública respecto de cómo pensar la terrenalidad que estos temas suponen, nos hace pensar en la posibilidad de un nuevo extravío colectivo, en una recaída en las gélidas aguas de esa utopía conservadora que es el consenso neoliberal (el paraíso perdido del individuo consumista que dice *todos los dólares para mí*) o en un reverdecer del republicanismo abstracto, cuyo rosario repiten religiosamente y al son de las cacerolas los editoriales de los diarios de derecha más importantes, para oponerse a toda forma de populismo concreto que no les sea afín a sus intereses. Esa discusión que imaginamos posible no significa simplemente dar estado parlamentario a un tema, sino indagar colectivamente en los yacimientos de la lengua y la cultura para buscar menos los pactos abstractos que ofrecen las grandes tramas comunicacionales, y más los acuerdos trabajosos que exigen pasión, conocimiento y compromiso respecto de lo que se juega en ellos. Esa discusión significa poner en estado de

deliberación a buena parte de la sociedad respecto de puntos sensibles de su materialidad concreta.

Ahora bien, ¿puede soportar nuestra sociedad ese estado de deliberación? ¿Puede el odio de clase ceder mayoritariamente a la exploración común de un nuevo proyecto de nación? ¿Puede el amor por lo común doblegar las energías del interés particular? Por el sí o por el no, habría que decir con el Aniceto de Favio: *todo es cuestión de ideología*. Pero no de la ideología pensada como velo del sujeto, como falsa conciencia, sino como sensibilidad abierta a un mundo de hechos y significaciones, como narración de unas experiencias concretas y como las formas de comprender y criticar, de ver, oír y actuar que nos mueven hacia la utopía de la justicia y la igualdad, última figura que yace a la espera de una nueva y pública revelación.

III. Itinerarios

Este número de *El río sin orillas*, el sexto, presenta cinco secciones. En **Tramas** la pregunta por nuestra lengua política se recorta sobre las marcas singulares de los territorios. Son las trazas de lo urbano y lo rural, de lo terrestre y lo marítimo, pero también son las marcas de la crítica, de sus jerarquías, de lo alto y lo bajo, de lo central y lo marginal, de la posibilidad de volver a narrar una forma de amistad y de enemistad. **Comunidades** intenta situar los nudos políticos del presente bajo diversos perfiles: nudos que involucran la cuestión de la nación, la vigencia de sus relatos, la potencia u opacidad de sus mitos, tanto como la pregunta por el Estado, o mejor, por la constitución misma de los agentes estatales. Indagar en esos nudos es indagar, también, las formas contemporáneas que podría asumir un nuevo diálogo entre la tradición nacional popular y la izquierda. Dentro de las conversaciones, género fundamental para este colectivo editorial, inauguramos una nueva pasión, que fue la que nos condujo a la exploración mundo del teatro. **Conversaciones 1** refleja esta aventura en la que nos acompañó de modo generoso y estimulante el dramaturgo y director Mauricio Kartun, con quien dialogamos sobre su formación, sus pro-

ducciones y sus obsesiones, en un recorrido singular por las marcas políticas y culturales de las últimas cuatro décadas de la historia argentina. **Conversaciones 2** es el resultado de una actividad organizada en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA por docentes, graduados y estudiantes, con Gregorio Kaminsky, rara avis de la filosofía argentina, cuya reflexión traza una diagonal que va de su experiencia de formación filosófica en los años setenta, al exilio mexicano, las revistas *Controversia* y *Confines* y la actual investigación en torno de lo policial.

Nuestra amiga Delfina Estrada estuvo a cargo del arte del número, y nos regaló unos exquisitos grabados que seguramente los lectores van a disfrutar como apertura de cada sección. Por último, la revista cierra con dos homenajes. El primero a León Rozitchner, quien representa la mejor tradición de la filosofía argentina. En su condición de polemista incansable supo dar cuerpo y desplegar una obra reveladora y, en cierto modo, situada en una insularidad radical. Cristianismo, judaísmo, psicoanálisis, peronismo, marxismo, fenomenología, son algunas de las corrientes histórico filosóficas con las cuales confrontó su pensamiento hasta conformar una filosofía que no se diluyó en categorías abstractas, sino en la sensualidad de los cuerpos que piensan. En el **Dossier** presentamos algunos rasgos de su *materialismo ensañado* que esperamos disfruten. El segundo homenaje es al flaco Luis Alberto Spinetta, al que dedicamos la nota de cierre a propósito de la muestra y las actividades que está realizando la Biblioteca Nacional, las cuales nos animaron a escribir sobre otro de nuestros amores.

Una vez más, que no es la misma sino una nueva vez, los que hacemos **El río sin orillas** queremos agradecer a nuestros amigos, afectos cercanos y colaboradores porque la revista es también de ellos y de los lectores. Nuestra escritura sería imposible sin el acecho de una diferencia que nos obliga a pensar, y sin imaginar alguna vez a los amigos que disfrutan, padecen y critican las notas que no sin pudorosa alegría terminamos publicando. Cada lectura, cada venturoso encuentro nos genera la satisfacción de sospechar allí una secreta comunidad orillera. Con seis números en seis años, entramos, ahora sí, en la *escuela primaria*. Y con todos quisiéramos celebrar este pequeño acontecer que es también, para nosotros, una forma módica de la utopía.